

V.

Ustedes habrán oído decir que D. Manuel Cañete es poeta, y crítico, y hablista...

Pues han de saber ustedes que no hay tales Cañetes.

Vamos, que D. Manuel no es hablista, ni crítico, ni poeta, ni nada.

Por eso es académico.

Como hablista, me parece que habla bastante mal; creo que hasta echa pecados y todo.

Como crítico... si tuviera criterio, ya no le faltaría más que conciencia para ser un crítico aceptable.

Entiéndase que hablo de la conciencia profesional, no de la otra, porque no quiero meterme en la vida privada.

A más de que, sobre este punto, con decir que D. Manuel militó en el antiguo partido moderado, ya cualquiera sabe á qué atenerse.

Respecto á la conciencia profesional, es decir, á la conciencia que usa D. Manuel cuando ejerce de crítico, el Sr. Bonafoux averiguó

tiempo atrás que Cañete, en cuanto algún poeta tropical le envía una caja de cigarros buenos, le suelta un bombo que le aturde.

Y yo he averiguado otras dos cosas.

La primera, que D. Manuel, cuando un escritor crítica, aunque sea con razón, á algún amigo suyo, por ejemplo, á alguno de esos marqueses literarios que le convidan á comer cada lunes y cada martes, se desata contra el crítico en improperios y dicharrachos, como aquellos de *erial de lo pedestre*, *lodazal de lo chabacano* y de *lo inmundo*, *tropa ligera del periodismo*, *sandeces*, *babosear* y otros al símil, que de seguro no habrá olvidado D. Manuel, porque le costaron una buena soba.

La segunda, que cuando el Sr. Cañete se encuentra con una obra de un amigo del todo desgraciada, como, por ejemplo, *La Pasionaria*, de D. Leopoldo Cano, no atreviéndose á decir que es buena, se calla durante mes y medio, para que el vulgo aquél de que habló Lope la aplauda y la pague en Madrid y provincias; y luego, cuando ya la crítica no hace daño al éxito, sale diciendo en *La Ilustración* que la obra es mala efectivamente.

Que es aquello que dice el refrán: «Después de la liebre ida, palos en la cama».

Por ahora no se me ocurre decir más de D. Manuel Cañete como crítico.

Como poeta... verán ustedes.

Ante todo, es de saber que el Sr. D. Ma-

nuel Cañete publicó en el año de 1859 un tomo de versos, ó de *poesías*, como él las llama, impreso en casa de Rivadeneira, con ese lujo propio de todos los libros que no sirven.

Le tengo á la vista, pues le compré ya hace años, por medio real, en una librería de desecho, donde ya he visto después otros varios ejemplares; le tengo á la vista, y vamos á estudiarle un poco.

Lo primero que se advierte hojeándole es que todas las *poesías* que contiene son de esas poesías caseras, dedicadas así... á asuntos domésticos; del mismo género de las de Marcelino y de las del marqués de Heredia, con unos títulos más largos que los de los famosos artículos de *El Tiempo* y casi tan prosaicos como las mismas composiciones.

Por ejemplo: *A D. Manuel Tamayo y Baus, con motivo de los aplausos de que es objeto en Madrid su admirable drama histórico titulado La locura de amor, soneto.*

Otro ejemplo:

A D. Manuel Hoyos-Limón, insigne médico sevillano, y autor de El espíritu del hipocratismo en su evolución contemporánea, soneto.

Otro:

Al pueblo español, al ir S. M. la Reina á presentar en el templo la augusta Princesa de Asturias, después del inicuo atentado del día 2 de Febrero, soneto.

Otro:

Lodart. Al director de un semanario de Montpellier, por haber dado á luz un elogio de este eminente profesor, gloria de la medicina contemporánea, epístola.

Y así, por este estilo. ¿Qué poesía se ha de guarecer debajo de estos títulos tan largos?

Ahora, tras de estos ejemplos de títulos, pondré también algunos ejemplos de versos.

Verbigracia:

Escribe D. Mannel Cañete á D. Manuel Tamayo una *epístola*, y le dice de buenas á primeras:

«Caro Manuel, los bienes de la vida
Son cual humo fugaz; un solo instante
Desata el rayo y el granizo, y *tal...*»

¿Qué les va á ustedes pareciendo?

Advierto que D. Manuel no dice *y tal*, aunque lo debía decir. Después de esos dos versos y tres cuarterones, no cabe decir otra cosa.

Pero D. Manuel dice «y tala».

«Desata el rayo y el granizo, y tala».

Ese *tala* parece otra cosa así como el rayo y el granizo; pero es un verbo que atornilla luego D. Manuel al verso siguiente.

Porque la gracia de estos versos que llaman libres, diz que está—ó estaría si la tuvieran,—en quebrarse á lo mejor y dejar al que lee medio asustado.

Unos se quiebran por el medio, y otros por

cerca de la punta, cuando parece que van á acabarse.

Son unos versos que, cuando están bien carpinteados como los de D. Leandro Moratín; parecen tan monos y tan ridículos!...

Conque cuando son de D. Manuel... ¡figúrense ustedes!

«Desata el rayo...

Que no estaba atado; pero, en fin...

Desata el rayo y el granizo—y tala
El florido verjel.—Así las glorias
De la esperanza y del amor.—En vano...
La segur embotar.—En el lindero
De lo finito y lo infinito,—sombras
Y dudas sólo *la del hombre* encuentra
Inteligencia limitada;—y cuanto...»

Sí. ¡Y cuánto tropezón! Como que todos estos versos se vienen á reducir á tropezones, con alguna trasposición risible, como esa de *la del hombre encuentra*, que hace comenzar á pensar si *la del hombre* será la sombra que queda arriba, hasta que luego se descubre que es *la del hombre inteligencia*.

Más adelante se ensaña D. Manuel con una muerta, diciendo:

«Cuando el rayo divino se apagaba
En sus quebrados ojos...»

¡Qué barbaridad!

¡Pobre difunta!

Mire usted que haberla quebrado los ojos así... por gusto.

Y todavía sigue... preguntando:

«Pero ¿dónde me arrastra la memoria
De tan negras imágenes, y dónde
Conforto hallar para dolor tan?...»—(Pero
¿Con qué diablos se come ese confort?
Preguntarán ustedes. ¿Con cuchiaro?...)

Dejémosle que diga otro poquito:

«Yo así también en misterioso lazo
De ignota afinidad, salvo en las horas
De profunda abstracción...»

¡Qué! Escuchen ustedes:

«..... Salvo en las horas
De profunda abstracción, el de la vida
Desconocido límite.—Yo en alas...»

¡Valientes alas! Para ser tan pedestre como
es usted y usar esas trasposiciones ramplo-
nas de «el de la vida desconocido límite» y
«la del hombre inteligencia» maldita la falta
que hacen alas.

Pues otra vez escribió este Cañete unas
seguidillas en un álbum, y dirigiéndose á una
pajarita, la preguntaba:

«Avecilla canora,
Que andas, te elevas,
Y en los aires modulas
Himnos y quejas:
¿Qué al cielo dices?...»

¡Qué al cielo dices! ¿Háse visto nada más
ridículo?

Y un poco más abajo, dirigiéndose ya á la
dueña del álbum, la decía:

«Gusta en paz las delicias
Del casto fuego
A que en pasión ardiente
Rendiste el cuello...»

Esto es escribir por escribir, Sr. D. Ma-
nuel, y colocar unas palabras tras de otras,
hagan ó no hagan sentido.

¡Porque mire usted que rendir el cuello al
fuego... es cuanto hay que rendir!

Las imágenes han de ser racionales y ade-
cuadas, D. Manuel; porque si son como esa
de usted, no son imágenes, sino desatinos.

¿Parécele á usted que influirá mucho, para
que uno se queme, el que tenga el cuello ren-
dido ó levantado?

Vamos, usted habría leído quizás aquello
de Jovellanos, que como poeta era poco me-
nos malo que usted:

«Dobla sin susto al yugo sacrosanto,
Caro Felipe, el receloso cuello,
Mientras el sello... etc.»

Pero debió usted advertir que si lo de do-
blar ó rendir el cuello al yugo es cosa natu-
ral, doblarle ó rendirle al fuego es una ton-
tería.

Sino que á usted no le servía el *yugo*, por-
que no era asonante de *cuello*, y por decir
algo, dijo usted ¡fuego!... y estalló la bomba,
ó más bien el petardo poético de usted, de un
modo lamentable.

Porque después de todas esas bobadas con-

cluye usted las seguidillas y la composición con estos versos:

«Mas no del hombre:»

¿Mas no del hombre, qué? ¿Mas no el cuello del hombre? Claro que no, porque es el de la mujer, según usted mismo ha dicho.

Pero entonces, ¿se puede saber qué hace ahí ese hombre? Para qué le ha puesto usted ahí? ¿Para que esté tan de sobra como usted en la Academia, ó como la Academia en España?

«Mas no del hombre:
Copia el amor de arroyos,
Aves y flores...»

Usted dirá que ha querido decir: «Mas no copies el amor del hombre; cópiale de los arroyos...» etc. Pero, á más de que lo de copiar el amor es un disparate, y copiarle del hombre otro, tampoco resulta eso claro.

Porque usted ha dicho á la mujer esa del álbum que «goce las delicias del casto fuego á que rindió el cuello *en pasión ardiente*», y aquí pone usted punto y coma, y luego sigue:

«Mas no del hombre:»

y pone usted dos puntos. ¿Quién entiende lo que quiere decir ese *Mas no del hombre*, tan aislado entre un colón imperfecto y otro perfecto?...

La que sigue en el tomo es una composición, llamémosla así, cuyo título no dice más que esto:

En la restauración del Monasterio de la Rábida y de la casa donde murió Hernán Cortés, á sus altezas reales los serenísimos señores infantes de España, duques de Montpensier.

Y empieza D. Manuel diciendo:

«Siempre la airada mano
Del sañudo mortal, más destructora
Que la del tiempo fué...»

Lo cual no es poesía, pero es verdad, señor don Manuel, eso sí.

Y usted mismo puede servir de prueba, por muy extraño que parezca que un académico sirva de algo.

Usted mismo, cuya mano, puesta á escribir, es más destructora para la poesía y para el buen gusto que la mano... y los pies del tiempo.

Y luego dice usted:

«¿Aún orgulloso el hombre se figura
Con infernal *protervia*
Que ha de ahogar en su estúpida... *soberbia*...»

¡Pues claro: se la veía venir!

A la *soberbia*, por supuesto. En cambio no se ve asomar por ningún lado á la poesía.

Niaquí ni más adelante, cuando usted dice:

»El pueblo de Isidoro...
En vértigo nefando, *con desdoro*...»

¡Claro! Siendo el pueblo de Isidoro, por fuerza tenía que ser con *desdoro*... ó con ripio.

Y sigue:

¡Oh si pudiese la *infalible* historia
En sus *veraces* páginas de hierro,
De tanto y tanto yerro...»

Por cierto que tanto y tanto yerro, ya es demasiado.

Hierro con hache, yerro sin ella... Es mucho yerro, D. Manuel.

Es mucho yerro y mucha majadería eso de hacer de hierro las páginas de la Historia sólo para concertar con esos otros yerros que pone usted ahí, que, siendo tantos, no puede menos que sean de la Academia.

Otro verso dice:

«De muerte, *al parecer*, irrevocable...»

Y poco después acaba diciendo:

«¡Oh perenal memoria
De los héroes *perínclitos!* La llama
De *perpetua* salud en *vuestra* fama
Los antes abatidos monumentos
Salva del rayo; y mágicos acentos...
(¿Quién entiende estos cuentos?)
Ya, Príncipes, publican
Por cien pueblos y cien cómo edifican,
Depuesto el abandono,
Cuando todos destruyen, los nacidos
A la sombra de un trono.»

¡Depuesto el abandono!...

Todo está bien; pero especialmente esa disposición... de abandono... la hizo usted ahí para que concertara con trono. ¿Verdad, don Manuel?

¡Ah! Antes que se me olvide. ¿Cómo son esas muertes irrevocables *al parecer*? ¿Se quiere usted morir, Sr. D. Manuel, á ver si *al parecer* es irrevocable la muerte?

Le advierto á usted que, aunque no quiera, se morirá el día menos pensado; y se lo advierto á usted precisamente para que viva prevenido.

Para que no le sorprenda á usted la muerte como sorprende usted á los lectores con esta *oda*:

«¿Qué voz conturba en aclamar *ardiente*
(Aclamar *ar ¡qué suave y qué corrientel!*)
La paz de mi retiro?
Ten el rápido giro
Párate, sol (*¡qué nuevo!*)
No despeñes tu carro al occidente...»
(*Usted sí que despeña*
El suyo al desatino ¡impertinente!
Por eso nos enseña
La estupidez siguiente:)
«Y cuando el orbe absorto
Cantó su dicha del poniente al orto...»
(¿Al orto? ¡Buen aborto!...
¡Y ese orbe es por ventura el de la tierra,
O el de Fernández-Guerra?...)

Más adelante dice usted que la nube

«Fecundiza la roca *fulminada*...»

¡La roca *fulminada!* ¿Qué roca es ésa?
Y añade usted:

«Abra la tierra su *agostado* seno.»

¡Hombre! Lo agostado suele ser la super-

ficie; pero el *seno*... ¿por qué ha de estar agostado?

Item más:

«Esquifes voladores...
Hollando el mar y el viento.»
(Eso de hollar el mar, puede pasar.
Pero eso otro del vicuto... Es mucho cuento.)

¡D. Manuel, D. Manuel, que huella usted demasiado la poesía!...

...Premie el talento
Que *acendra* la moral...»

(¿Conque *acendra*, eh?)

«*Feral* remordimiento...»

(¡Usted sí que es *feral*!)

Rompecabezas (hablando de la luna):

«De su casto fuego
La varia *alternación* súbito pruebe
Dentro de mi...» (¡Lo *entenderemos* luego!)

Lo que tiene de bueno este D. Manuel es que es muy cristiano, y muy campechano, y muy amante del pueblo.

¡Vaya!

No hay más que leer:

«...si truena
Contra el derecho y la razón sencilla
La *popular escoria*...»

¡Vaya usted con Dios, grandísimo... duque!

VI.

Le di á usted palabra, Sr. D. Manuel, hace unos cinco años, allá cuando á usted le plugo meterse en la renta de..... la Academia; es decir, cuando usted se metió á defender con admirable destemplanza á los marqueses de Molins, de la Pezuela, de Valmar y consortes fustigados en los *Rípios Aristocráticos*; le di á usted palabra de que, al coleccionar los RÍPIOS ACADÉMICOS, le acabaría de reventar á usted literanamente, y quiero cumplirla.

Y por si no queda usted bastante reventado con el artículo anterior, le dedico este otro.

Comenzando por decirle á usted con mi franqueza acostumbrada que, en clase de mal poeta, tiene usted una buena cualidad: la de no ser fecundo.

Afortunadamente ha compuesto usted, ó mejor dicho, ha descompuesto usted muy poco.

Hasta el año de 1859 un tomito de 250 páginas, y de entonces acá no más que alguna poesía que otra en honor y en aumento de alguna desgracia.